

LA NOVELA INTIMA
CINEMATOGRAFICA



BETTY COMPSON

Núm 33

35 Cs



La Novela Intima
Cinematográfica

PUBLICACIÓN SEMANAL DE BIOGRAFÍAS
DE ARTISTAS DE LA PANTALLA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
Diputación 292 BARCELONA

AÑO II _____ NÚM. 33

Biografía

DE LA BELLA ARTISTA

BETTY COMPSON

BIOGRAFIA DE
BETTY COMPSON

POBREZA

Betty, la artista exquisita, encantadora, la de los ojos azules, nació en un hogar pobrísimo. Los primeros años de su vida no fueron alegres, sino duros, hoscos, con la intranquilidad de la miseria. Algunas veces, en su casa faltó lo más indispensable; el pan y el techo donde cobijarse. Amenazados de desahucio, iban de pueblo en pueblo sin otro equipaje que su desgracia. Y Betty pudo preguntarse en el fondo de su corazón, si el destino de los hombres era sostener una lucha diaria y cruel contra el infortunio.

Pero no se crea que los padres de Betty hubieran sido siempre pobres; todo lo contrario. Tenían invertido su capital en un gran alma-

Prohibida la
reproducción

Revisado por la
censura gubernativa

cén de juguetería. Eran burgueses que vivían cómodamente de su negocio. Pero una noche, un incendio derrumbó en pocas horas lo que se había levantado a costa de muchos años de sudor. Sin tener asegurados los géneros, gente descuidada que no creía en lo imprevisto, sobrevino la ruina más espantosa, el aniquilamiento de la fortuna. Y su riqueza quedó convertida en un montón de pavesas.

Nadie les ayudó; el instinto de algunas gentes goza con el mal ajeno, y el antiguo comerciante a cuyo nombre las gentes del barrio se deshacían antes en elogios, se vió rodeado de una hostilidad mal encubierta, y de un desvío cada vez mayor.

—Vámonos de este pueblo donde somos cosa muerta, inútil. Instalémonos en una aldea cercana...—propuso Mr. Compson a su esposa.

—¿Por qué marcharnos? Aquí están nuestros recuerdos, nuestros días mejores. ¿Crees que no será posible volver a ser lo que fuimos?

—No, querida, no. Vámonos a vivir donde nadie nos conozca. Permaneciendo aquí sufriríamos la violencia de nuestra situación anterior.

Y casi sin hogar, llegaron a la población de Salt-Lake, Utah (Estados Unidos), y en ella se instalaron. Las manos hábiles, expertas, del padre de Betty, tallaban juguetes de madera, muñecas que adquirían deliciosas actitudes ba-

jo el arte de sus manos. ¡Pero el oficio apenas daba para vivir!

En este ambiente de miseria, de mayor contraste con la dorada medianía del pasado, Betty vino al mundo. Y apenas comenzó a percibir el porqué de las cosas, advirtió la miseria, la tristeza oculta que, como una gangrena, roía el hogar, aparentemente tranquilo.

Pasaron algunos años de privaciones, cuentas de un mismo rosario de dolor, y peregrinaron de pueblo en pueblo buscando medios para sostener su vida, hasta que de nuevo retornaron a Salt-Lake.

Un comerciante de la población, tratante en juguetes, a quien Mr. Compson había vendido algunas de sus creaciones, compadecido de su situación, le dijo:

—Le ofrezco un puesto fijo en mi casa. El sueldo no será mucho, pero no le faltará el trabajo de un modo constante y regular.

—Si la labor es seguida, bendito sea usted, señor Parker, porque mis dificultades provienen de esas intermitencias, de esos paros en el trabajo, como si al estómago pudiera dársele que espere. ¡Muchas gracias, señor!

—Aquí... Compson... también somos pobres... pero nos ayudamos. Y usted no sólo será un dependiente, sino un amigo. Mi fe me lo manda y la obedezco...

Así, Compson conoció la satisfacción de un



BETTY COMPSON, en la película "De mujer a mujer".
(Selecciones Capitolio.—S. Huguet.)

jornal fijo, sin interrupciones. Y luego le unía a Mr. Parker no ya un simple interés mercantil, de conveniencia mutua, sino el afecto que siente el hombre agradecido hacia su protector, hacia quien le ha dado trabajo. Y por su parte, correspondía el dueño, con una bondad paternal.

—Traiga usted su familia.. Mi mujer quiere conocerla...—le dijo un día.

Y Compson presentó su esposa y Betty a los señores Parker.

—Querida mía, sea usted bienvenida a mi casa. ¡Qué niña tan hermosa tiene usted! Quiero que seamos amigas—indicó la señora Parker.

Y se sucedieron las reuniones, y más que dueño y dependiente, los dos hombres eran como compañeros, sacerdotes devotos de un mismo arte, arte pequeño de figulinas lindas, pero arte que servía para embellecer la existencia de los niños, llevando a sus almas la felicidad.

Todos los domingos se reunían las dos familias. Iban durante el verano al campo, a merendar cerca de la fuente que abría su manantial en las entrañas del monte, y regresaban al atardecer, respirando el fuerte olor de los pinos sumergidos en las sombras. Y en invierno, las veladas eran en el propio hogar, cabe al fuego encendido, mientras tras las ven-

tanás silbaba el ululante viento de la tempestad o caía la nieve en blancos copos enormes, y ellos bendecían la dicha de tener una casa donde resguardarse contra los elementos. ¡Cuántas veces pensaban en los que sufren, desamparados de todo el mundo! Algo de esto sabían los Compson.

La señora de Parker tocaba el violín y a veces acompañaba su melodía con su voz agradable de soprano. La estancia se llenaba de las visiones que la música evoca en el corazón, y las viejas romanzas de ópera italiana suspiraban como recuerdos de amor... Parker y Compson sentían deseos de llorar, escuchando el alma misteriosa y divina de la música.

Betty comenzó a sentir por el maravilloso arte una pasión de adolescente, frenética, temblorosa. Contemplaba el violín, pulsaba sus cuerdas que exhalaban un grito como cantos de cristal o de ave, y le parecía imposible que en aquella pequeña caja pudiera encerrarse el sonido de la armonía.

Esa veneración, ese amor impulsivo, generoso, obligó a sus padres, haciendo sacrificios enormes, a meterla en un colegio, donde estudiaría el violín. Bastaron unas pocas lecciones para que se convencieran de su talento.

—Es una artista de temperamento exquisito, soñador... Cuando toca, parece que su alma suspire...—indicaban sus profesores.

Y Betty, con sus catorce años de vida penosa y difícil, al acariciar el violín creía sentir la proximidad de la gloria, el beso de una voz de oro que le murmurara al oído como un salmo de amor:

—Tú eres una gran artista, Betty. Y tu nombre será admirado por el mundo.

CUANDO EL DOLOR NOS HIERE...

—¡Ay! Nuestros muñecos han perdido su estima, amigo Compson. Ya nadie los quiere,

nadie los compra... Las máquinas, las grandes industrias modernas, producen mejor y más barato...

—Cada mes disminuyen las ventas. Verdaderamente, señor Parker, tendremos que buscar otro modo de vivir.



BETTY COMPSON, en "La Condesa de Brèse".
(Exclusiva *Seleccine*, S. A.)

—Tú puedes buscarlo, eres joven aún... Yo no, yo soy demasiado viejo y me siento apegado a mis muñecos como un abuelo a sus nietecitos. Yo moriré en mi tienda.

—Señor Parker, tal vez vengan tiempos mejores.

El negocio era ruinoso. Las gentes desfilaron ante los sencillos escaparates de la casa Parker sin mirar, siquiera por espíritu de curiosidad. ¡Era tan pobre todo aquello! Preferían los establecimientos de lujo, donde los juguetes alegraban la vista... En la tienda del viejo, hasta los muñecos parecían haberse contagiado del dolor de su propietario.

Y no vendiéndose apenas nada, disminuyó considerablemente el sueldo de Compson. Pero de algo tenían que servir los estudios de violín de la chiquilla. No era cosa definitiva su arte, pero otros se ganaban la vida... haciéndolo peor... Y como la miseria parecía volver a sentar sus reales en el hogar, Betty, resuelta y decidida, tomó una resolución.

—Estudí para ganar dinero, ¿verdad? Pues a probarlo.

Con esperanza juvenil inició sus gestiones. Y en vano quiso dar lecciones de violín o contratarse en algún teatro o café, mediante un pequeño estipendio. Inútil empeño. Daba la casualidad de que cuando Betty necesitaba de los demás, los demás no necesitaban de Betty.

—¡Pobre chiquilla! Tus estudios de violín no te sirvieron para nada. Empléate en algo distinto—propuso su madre.

—¿En algo distinto? ¿Dejar yo mi arte? ¡Nunca!... No, no es posible que mi violín me traicione, que deje de serme fiel. Con lo que

le quiero. ¡Ah!, veréis cómo mañana la música me da dinero.

—¿Qué vas a hacer?

—Simplemente, vivir... Ayudaros...



BETTY COMPSON, en traje de... *riguroso verano*, paseando por el jardín de su *chalet*, donde se filman algunas escenas de "El jardín de las malas hierbas", bajo la dirección de su esposo, Mr. James Cruze.

El día siguiente era domingo, un domingo de abril, soleado y primaveral, con flores que perfumaban el ambiente. Salían los devotos de

radadora de muchas embriaguéces, pero ninguno se atrevía a declarar su amor.

—El mejor día se nos casa usted, Betty— le dijo el director...

Ella sonrió pensando en el momento de la crisis que llena el corazón de la mujer como



BETTY COMPSON y Clive Brook, en "De mujer a mujer".

el único objeto de la existencia. ¡Oh! todos aquellos hombres eran sus camaradas, sus amigos, unidos por la devoción al arte... nada más. El alma de Betty estaba lejos todavía

del momento sublime en que se entrega el corazón.

LUCES DE ESTRELLAS

Y de esta manera fueron recorriendo varias ciudades hasta que quiso el azar que llegaran a Los Angeles, la urbe cinematográfica, la gran ciudad donde las gentes viven en perpetua novela... de películas.

Dió la orquesta varios conciertos en un teatro y ella, "primer violín", sedujo muchos corazones. Uno de los directores de la casa "Christie Comedies", prendado de su elegante figura y de su belleza rubia, fué al hotel donde se hospedaba y la ofreció un contrato en la entidad. No hay por qué describir la escena. Betty quedó sorprendida, como ocurre siempre; el empresario puso ante los ojos de la joven la espléndida visión de los triunfos.

Betty tenía nobles ambiciones. Su profesión de artista musical, de violinista, daba bastante dinero, era cierto, pero tampoco una cosa extraordinaria. Y siempre sería un número en la orquesta, algo que difícilmente podría alcanzar la gloria. Y el cine era tan seductor, lo abarcaba todo, el abrazo del mundo, si tenía suerte.

—No lo piense más y... acepte...

—Espere aún...

Y puso un telegrama a sus padres:

Me contratan para "filmar" películas. ¿Qué hago?

La contestación llegó al día siguiente:

Acepta.

Y aceptó con el consiguiente disgusto de los pobres músicos que, al quedar solos, maldijeron su timidez que les impidió declarar-se a Betty. La admiración que sentían por



BETTY COMPSON, en "La tragedia del Carlton".

ella no era más que una de las formas con que se oculta a veces el amor.

—Si le hubiera hablado a tiempo, quizás Betty sería mi esposa—exclamaba el músico que le dedicó la melodía...

—O la mía... quién sabe—contestaba el pianista...

¡Pobres fracasados, pobres tímidos que pecaron por omisión! Ellos seguían en la orquesta con su trabajo anónimo y oscuro, condenados a una mediocridad vulgar, mientras Betty, adorada por la fama, emprendía la ascensión hacia los cielos de la gloria. Y aquella linda mujer encontraría su enamorado, su sueño. Era tan tentadora su juventud, sus ojos de azul, su boca roja en que los dientes ponían el halo luminoso de las perlas. Toda ella cantaba el amor.

Betty, a pesar de las tristezas de sus comienzos, era un carácter encantador y jovial. Sus películas en la casa "Christie" se significaron por su alegría, por su tono festivo. Pero eran cintas que no le daban renombre, películas de una vulgaridad aplastante.

—¡Para esto casi es mejor irse... con la música a otra parte!—se dijo Betty.

Pero estaba destinada para grandes cosas. Un *metteur-en-scène* que la vió en las películas de la "Christie" creyó que Betty no me-

recía la suerte de permanecer olvidada en el anónimo.

Y cuando debía comenzar la filmación de "El Milagro", la película que todavía las gentes recuerdan con fruición, fué contratada para representar en ella el *rôle* de "Claveles".

Fué aquéllo la fama que llegó en un momento dado, el triunfo decisivo y halagador, que venía a colmar sus ambiciones.

En efecto, en el cielo de la cinematografía se encendió una nueva estrella, una mancha de luz. Y desde entonces, Betty Compson, contratada por la prestigiosa casa *Paramount*, ha saboreado las mieles de la gloria en las películas "El fin del mundo", "La tragedia del Carlton", "La gran tentación", "La hija del capitán", y otras varias.

—¿No es esto preferible a la orquesta, querida Betty?—le preguntaron.

—Sí... qué duda cabe...

Pero Betty recordaba a menudo a los buenos camaradas del teatro, los músicos que le dedicaron su inspiración, su arte, su talento, con un cariño fraternal.

EL IMPERIO DEL AMOR

A Betty no podía faltarle el glorioso tributo del amor. Pero antes quería arreglar varios asuntos de familia.

Pasó una temporada con sus padres que procedieron a la venta de la tienda de juguetes porque no estaba bien que siguieran en aquel marco humilde quienes tenían una hija convertida en famosa *star*.

—Se han acabado para siempre las muñecas... Aquí no hay otra muñeca que yo. Vosotros empezáis a envejecer y os quiero a mi lado.

Y los Compson se trasladaron a Los Ange-

les. Los primeros días de estancia en la ciudad, sintieron la admiración de todos los "provincianos" ante la urbe cinematográfica que, a cada momento, les brindaba sus encantos,



BETTY COMPSON, en "La Condesa de Brèse".

su color, sus estudios, sus decoraciones.

—¡Qué raro es todo eso, chiquilla!—decía el buen señor Compson—. ¡Y qué hermoso...

y qué distinto de nuestro Utah! ¡Te aseguro que añoro la sencillez de mi tierra!

—Allí se gana poco... y aquí lo que sobra es dinero... Soy rica, inmensamente rica...

—¡Quién iba a pensarlo...! ¡Qué milagro!

—Fué precisamente "El Milagro" la película que me dió gloria... ¿ves? Ese sí que es un titulito adecuado... Y por cierto que quiero darte una noticia...

—¿Tú?

—Voy a casarme... si me autorizáis...

¡Caramba! ¡Eso ya era otra cosa! Los Compson no hubieran tolerado para su hija ningún aventurero que bajo el tono de la elegancia, la hiciera desgraciada. Deseaban un yerno de excelentes cualidades...

—Mi novio es un hombre bien parecido, formal y millonario... (No era poco, ¿eh?)

—¿Y... dónde está... esa rara persona?...

—En mi mismo estudio... Es Mr. James Cruze, mi director, un *metteur-en-scène* de la *Paramount*.

—¡Ah! Esto ya cambia de especie. ¿Cómo no aceptar un hombre así?

Betty estaba verdaderamente enamorada de él. Cruze no era un mequetrefe perfumado y con botines cursis, sino algo más que todo esto... Era el ilustre director a quien se debían películas tan famosas como "La Caravana del Oregón", "Hollywood", etc. Era una de las

cabezas, uno de los cerebros directores de los que surgían las grandes superproducciones de la casa *Paramount*.

Se casaron sencillamente, sin excentricismos, sin bombos a la americana...

Ahora residen en Hollywood, donde se encuentran también los padres de Betty, y hay que confesar que reina la mejor armonía entre los suegros y... Cruze.

James y Betty viven ilusionados con la felicidad de dos corazones que aman y piensan al unísono. Su arte se complementa. El marido es quien dirige las películas y ella quien da forma real a las creaciones de sus obras.

Esa unión, que nunca ha debilitado el menor disgusto, es motivo de envidia entre otros astros de la pantalla, cuya existencia es una cinta interminable de matrimonios y divorcios...

—Para nosotros el divorcio no existe... ni existirá—exclama James cuando ve que a su alrededor todos los demás artistas parece que se disputen un campeonato de divorcio...

—Es la verdad mayor que has dicho en tu vida, James—corroboró ella.

Y las envidias tienen que consumir su fuego por dentro.

Betty mide un metro y sesenta y cinco centímetros, tiene el pelo color castaño tirando a rojizo y sus ojos son de transparente azul...

De costumbres sencillas, Betty y su marido sienten una afición loca por el baile... Casi todos los días, toman el te en uno de los hoteles de la ciudad, y sazonan la aromática infusión con el encanto de los bailes... Betty es infatigable. No se ha presentado a ningún



BETTY COMPSON, en compañía de su esposo Mr. James Cruze, director de la *Paramount*, en el jardín de su chalet.

concurso de resistencia pero está lo suficiente entrenada para ganar el primer premio... Así lo dice riendo su marido.

Betty ha conservado su violín, y su esposo gusta de que ella toque en las veladas, las canciones que en otro tiempo cultivó...

—Toca la melodía del profesor de orquesta... la canción a tus ojos...

—¿Te gusta?

—Es una página deliciosa...

Y el pobre músico, envejecido por una tristeza de amor, viviendo la existencia vulgar y anónima de la orquesta, el que compuso el delicioso poema musical, sufriría la más honda pena si supiera que su canción sirve para solaz del hombre que es dueño de aquella mujer...

Pero ellos no reparan en la tristeza que pudiera embargar al otro... Viven con el egoísmo de la propia felicidad.

Betty ama la equitación, y no es raro verla, algunas mañanas, por los alrededores de Hollywood, montada en un caballo de fina raza inglesa, galopando como la gloriosa amazona del triunfo.

FIN



Próximo Número:

Biografía del gran artista americano

THEODORE ROBERTS

SU REVISTA PREFERIDA SERÁ

???

EDITADA POR

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

LA NOVELA INTIMA CINEMATOGRAFICA

NÚMEROS PUBLICADOS: 1, Alice Terry.—2, Rodolfo Valentino.—3, Lillian Gish.—4, Antonio Moreno.—5, Gloria Swanson.—6, Tom Mix.—7, Viola Dana.—8, Milton Sills.—9, Raquel Meller.—10, Harry Carey (Cayena).—11, Dorothy Dalton.—12, Douglas Mac Lean.—13, Norma Talmadge.—14, Rod La Rocque.—15, Pola Negri.—16, Lewis Stone.—17, Constance Talmadge.—18, Tom Moore.—19, Shirley Mason.—20, Max Linder.—21, Priscilla Dean.—22, Sessue Hayakawa.—23, Bebé Daniels.—24, Buster Keaton (Pamplinas).—25, Mabel Normand.—26, Harold Lloyd (El).—27, Norma Shearer.—28, Frank Mayo.—29, Betty Bronson.—30, René Navarre.—31, Carol Dempster.—32, Reginald Denny.—33, Betty Compson.

ACONTECIMIENTO EDITORIAL

A M E R I C A

último libro de LOS GRANDES FILMS de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

